

Land, Nick, *Sed de aniquilación. Georges Bataille y el Nihilismo Virulento*, Traducción de Abraham Cordero, Materia Oscura, Segovia, 2021, 295 pp.

Cualquier pregunta que busque un sentido sobre este texto será rechazada de raíz por el autor de *The Thirst for Annihilation*.<sup>1</sup> La razón para Nick Land se presenta como un síntoma de *irritación prolongada*, como el medio que —de un modo ingenuo— tratará de hacer perdurar la vida. Dicho de otro modo: el pensamiento moderno ha procurado organizar el ineluctable caos tratando de resistir la eliminación de la vida. Para Land solo queda rendirse ante la constatación de la ausencia de valor del ser y la inevitabilidad del gasto —como camino— hacia la desaparición. Esta precaución, que nos advierte de la radicalidad nihilista que el texto segrega en cada página, no ha de ser olvidada mientras dialogamos con un autor que escribe en comunión y compromiso con la filosofía de Bataille. Este compromiso conduce a Land más allá del francés ya que extrema hasta la extenuación el cero —o la nada—. En diálogo con nuestro enemigo interno, o si se prefiere nuestra voluntad de pensar, no podemos dejar de preguntarnos: ¿por qué recuperar esta obra de principios de los años noventa del siglo pasado?

El tiempo actual está marcado por la constatación del fracaso de la razón moderna, aquilatada en un medio de (re)producción de la vida conocido como Capitalismo. Land, buscando la *comunicación* en los espacios de fracaso, escribirá contra los cimientos de la razón moderna y del modo de producción capitalista. Su escritura está marcada por la renuncia a cualquier tipo de éxito, ya que como Land indica: «Tratar de recuperar el sentido de la obra de Bataille es el camino más seguro hacia su empobrecimiento radical» (p.22). El recorrido de Land transita diversos lugares de la vida del sujeto y de la vida colectiva, entretejidos todos por una virulenta sed de aniquilación como impulso de huida. Para ello inicia su peculiar obra tomando como punto de partida lo que para él ha sido el *eufemismo más elegante de la historia de la humanidad*, a saber que: «Ser trascendental consiste en quedar libre de la realidad» (p.37). Land recorrerá así algunos postulados kantianos, hegelianos y nietzscheanos para terminar advirtiendo que allí donde la razón acumulativa ha erigido una “verdad” e instituido una apariencia, en base a conceptos y finalidades teleológicas insuperables, el artista —en este caso el pensador ajeno a la academia— se ha de esforzar en reflexionar sobre el absurdo que implica cualquier fin. Land abogará por desarrollar una filosofía que transforme la perspectiva del pensamiento en excitación propositiva. En esta primera parte del texto, la cual está marcada por el recorrido que hace de la historia de la filosofía continental, Land desvela su interpretación del *eterno retorno* nietzscheano. Defenderá que la nada —el cero— es lo último. Dicho de otro modo: el motor de la economía libidinal nietzscheana, del que Land es seguidor, supone un resurgimiento del despilfarro inhumano como exceso

<sup>1</sup> Primera edición en lengua original: Land, Nick. *The Thirst for Annihilation: Georges Bataille and Virulent Nihilism*. Routledge, New York, 1992.

inapropiable e ineludible en oposición a la lógica racional moderna. El recorrido por los principios de la filosofía trascendental del objeto es cortado de raíz y combatido desde su compromiso con la *luz solar*. Land se apropia así de las aportaciones que Bataille hace en *Historia del ojo* desarrollando una analogía en la que la economía solar, al igual que el ojo, ha de ser entendida no como origen –aunque también lo sea– sino como gasto. Land trata así de continuar la estela en la que advierte que toda historia es un relato, pero ello no implica que este relato esté al margen de la historia, ni que este sea otra cosa que la historia consumándose en una ceguera que ocupa el lugar de su propia representación.

Para Land –al igual que para Bataille– la relación del viviente con el sol –la condición de posibilidad de la vida– no es una relación en la que el hombre dirija un deseo hacia este, sino que la trayectoria solar misma es el sujeto inconsciente de la historia terrestre. Por lo tanto, el modo de producción capitalista y los principios modernos basados en la acumulación, el gasto racionalizado y el intento de hacer perdurar la existencia, entran en contradicción con la economía solar y la ontología que Land propone. Una economía del gasto en la que el exceso antecede a la producción. Para el británico la necesidad nunca es dada, debe construirse a partir de este exceso. Por lo tanto, la tarea de la vida no es la producción o la supervivencia, sino el consumo desbordado y desmedido. El único fin de la energía es la liquidación como destrucción hedonista. Land, de este modo, ha fracturado con la obsesión occidental por la trascendencia. Para el filósofo inglés esta trascendencia está basada en la existencia de una física que afirma estar siempre a las puertas de una completitud que nunca llega.

El *orden* es leído como una casualidad, una desviación del desorden, un estadio momentáneo que no puede permanecer. Dicho de otro modo: el orden dentro de un sistema cerrado es interpretado como un momento de desorden. Este equilibrio momentáneo no es una ley, sino el ejercicio del poder –en el sentido *lato* del término– en pro del dominio de aquello que no se puede dominar. Así Land, criticando a los académicos que escriben para ser evaluados y no leídos, se distancia de ellos ofreciendo una alternativa especulativa en base a argumentos próximos al delirio. Dichos argumentos posibilitan un conocimiento positivo de los inadaptados en base a la *entropía*.

Para Land el destino inevitable es la pura pérdida. Esta idea pretende fundar una teoría atea, libidinal y materialista de la historia de la filosofía occidental liberada de residuos idealistas, alejándose de la necesidad de disponer de un sujeto articulado metafísicamente que pone y racionaliza un mundo. Así, para el profesor británico, la razón moderna –corporeizada en forma de capitalismo– constituye la anticultura definitiva. El capitalismo es entendido como el rechazo al gasto más extremo, en tanto que modo de racionalización de la economía sobre el consumo. Dicho de otro modo: el capitalismo es una economía del consumo y no una economía del gasto. Este periplo crítico a través de la historia de la filosofía y del modo de (re)producción concluye con una propuesta radical, a saber que: ante la necesidad contemporánea de definir un valor por encima de cualquier otro, y frente al agotamiento de la duda que el proyecto filosófico moderno expulsa por medio de la razón secular y constructiva, Land abogará por la recuperación de la *desesperación*. Desesperación que toma su forma abandonándose al gasto como modo arrogante y trágico de la existencia.

Llegará de este modo a reflexionar sobre la *muerte de Dios*. Para Land el proyecto de la razón moderna no ha de dislocarse desde la fe cristiana hacia un utilitarismo

complaciente basado en la ciencia, sino como venimos anunciando, hacia el despilfarro desinhibido. Para que la muerte de Dios obtenga un sentido radicalmente cierto, debe ser al mismo tiempo un momento de cancelación del yo –sujeto–. Matar a Dios debe significar la fractura con la imagen antropocéntrica de la adulación y el servilismo, lo que conduce a la disolución del sujeto y su integración en el flujo de energía solar. Land propone renunciar a los conceptos kantianos de *noúmeno* y *tiempo*, al ser estos objetos puestos sobre el mundo. Por ello entiende que estas nociones siguen siendo interpretaciones de carácter religioso. En los postulados del filósofo británico los esfuerzos han de ser dirigidos a tratar de eliminar cualquier suerte de creencia como posibilidad que fundamente el estar en el mundo.

Es en este momento cuando Land manifiesta con entusiasmo el punto de llegada y de partida de su propuesta en base al cero matemático. Esta alegoría es tomada de la imagen que tiene de la cultura india –como cultura no monoteísta– en la que, según Land, se pone en práctica y profesa un carácter indivisible sin unidad. En base a este juicio, podemos apreciar la forma en que el filósofo británico procura la eliminación del racionalismo tecnocrático y trata de conjugar una perfecta coexistencia con la muerte. El cero en su teoría es tratado como momento no especulativo de la unidad, como una presencia sin presencia, como la aceptación de la inevitable inmanencia (p.146). Esta idea del cero como fin da paso a la segunda parte de la obra. Ahora Land desarrollará su ontología en base a *la sed de aniquilación*, que no es otra cosa que la tarea y el compromiso de abandonar los límites impuestos en pro de la integración del sujeto en el gasto solar. Un gasto sinsentido que concluye en la aniquilación, en la nada, en el cero.

Será en este momento cuando Land afirme que Kant no ha planteado una problemática sobre el objeto con la suficiente fuerza y radicalidad para poder escapar de la jaula de la epistemología en la dirección de un materialismo libidinal. La filosofía de Bataille permite a Land romper con el pensamiento de relaciones bilaterales que conducen a un idealismo trascendental y una moral inmaculada. La ruptura de este *continuum* del pensamiento de la contención humanista conduce al británico a afirmar que el ser del animal humano es desangrarse hasta el cero, anularse en la historia. La afirmación principal es: *sobre todo, no más objeto*. Observamos así como el nihilismo es radicalizado en desnudez, en tanto que energía que ama la pasión impersonal.

Para Land el *superhombre* ha de ser la superación absoluta de la humanidad. La idea moderna de humanidad no es más que una ficción que se ha cristalizado tratando de esconderse del inevitable cero. El autor entiende que desde nuestra llegada al mundo se nos direcciona hacia la acumulación y se nos instruye en el miedo a la locura y la muerte. En su anhelo de aniquilación del ser humano moderno Land huye de la idea de bien en tanto que objeto de deseo racionalizado. Para él lo que hemos erigido como bueno es en último término lo que no deseamos, lo que no queremos, lo que no nos puede pertenecer.

En su horizonte de inhumanidad el ser es indeterminado, intensamente innecesario. En esta propuesta el ser –la existencia– no tiene ningún privilegio, no dispone de refugio ni en lo más ínfimo ni en la totalidad. En palabras del propio Land: «La vida es una exploración de la muerte, cuyo motor es la exterioridad de la que nunca puede separarse [...] La vida se extiende a través de la muerte como la migración de la existencia concreta; los meandros de una reproducibilidad vagabunda siempre acentuada a través de la confusión» (p.260).

En definitiva nos encontramos ante un texto que fulmina cualquier rastro de proyecto teleológico, así como cualquier atisbo de humanidad. El intento de la razón por asegurar la vida, supone un odio de esta hacia sí misma. El intento de organización de los procesos complejos genera un rechazo de la razón hacia sí misma –de Dios hacia sí mismo– en tanto que ejercicio que procura cancelar la ineluctable caída en el flujo solar. Un intento permanente errado que se precipita de forma inexorable ante la trágica constatación de ausencia de valor de ser. Land propone la eliminación del hombre como centro de explicación del mundo. Al no poder explicar el mundo, al no poder controlar el exceso de gasto, al no poder poner un mundo y un Dios, no podemos satisfacer el deseo de perdurabilidad que la razón institucionaliza. Ante la constatación de este fracaso se apresura sobre nosotros *la sed de aniquilación*, que evidencia que el cadáver consume la verdad del individuo.

A modo de síntesis y de respuesta a la pregunta que formulaba al inicio, recuperar este ejercicio teórico se justifica en sí mismo por su falta de principio y de fin. Los peligros que esta arista estética posibilita han de ser afrontados con el valor, la contundencia y el compromiso que el nihilismo radical exige. Land pretende arrasar con todo principio, procura desvanecerse en el abandono como horizonte de plena cordura. Frente a esta propuesta se necesita de un pensamiento que sea capaz de hacerse cargo de ella y de combatirla al mismo tiempo. La incertidumbre del tiempo presente necesita de estos delirios para poder imaginar y construir otros posibles. A pesar de los esfuerzos de Land considero que su propuesta no implica un encarcelamiento menos férreo y horrible que el de la razón moderna. Land nos propone un texto bello, complejo y oscuro que exige ser leído y no meramente denostado, pero no por ello adulado como un dogma. En conclusión, Land nos brinda un sugerente y peligroso espacio en el que llevar al extremo el ejercicio de la filosofía.

Gonzalo Ramos Pérez